



Robert Sheckley

El arma definitiva

Sheckley se ha destacado siempre, sobre la masa de los autores de ciencia-ficción por su brillante, y a veces incluso alocada, imaginación, por sus personajes y por su estilo literario, que realmente superior a la media. Y se necesita un valor como el que él tiene para proyectarse más allá de las lejanas y solitarias fronteras de lo conocido por el hombre. Por fortuna para nosotros, siempre regresa indemne de tales exploraciones, trayéndonos un rico cargamento de datos e informaciones para nuestro placer, asombro e ilustración.

Y, en caso de que alguna de las predicciones contenidas en esta antología de relatos le haga dudar e incluso echarse atrás ante lo inédito de la idea, piense en una cosa: el futuro no se le va a presentar de repente... Llegará reptando, y estará alrededor de usted antes de que se haya dado cuenta.

LA TRAMPA HUMANA

The People Trap, 1968

1

Era el Día de la Carrera del Acre: un día de jactanciosa esperanza y tragedia implacable, un día que ejemplificaba el desdichado siglo veintiuno. Steve Baxter había intentado llegar a primera hora a la línea de salida, como los otros participantes, pero había calculado mal el tiempo necesario. Ahora tenía problemas. Su Distintivo de Participante le había permitido atravesar la línea exterior, la exomultitud, sin incidentes. Pero ni la enseña ni la fuerza de sus músculos eran suficientes para transportar a un hombre a través del tupido núcleo interno de humanidad que formaba la endomultitud.

Baxter calculó la densidad de esta masa interna en un 8,7 (próxima al nivel pandémico). Podría alcanzarse un nivel de explosión en cualquier momento, pese a que las autoridades acababan de aerosolar a la endomultitud con tranquilizantes. Con tiempo suficiente cabía la posibilidad de bordear la masa humana; pero Baxter sólo disponía de los seis minutos que faltaban para que empezara la carrera.

Pese al riesgo, se lanzó directamente entre la gente, con una firme sonrisa, absolutamente esencial para abordar una concentración humana de elevada densidad. Podía ver ya la línea de salida, un pabellón elevado del Glebe Park de Jersey City. Los otros participantes estaban ya allí. Otros veinte metros, pensó Steve; ¡ojalá estos animales no organicen una estampida!

Pero aún le quedaba atravesar, al fondo de la nucleomultitud la última masa nuclear. Estaba compuesta por hombres corpulentos de gruesas mandíbulas y ojos extrañados... histerofilíacos aglutinantes, en la jerga de los pandemiólogos. Agrupados como sardinas, reaccionaban como un solo organismo, y eran incapaces de lo que no fuese resistencia ciega y furia irracional hacia lo que pretendiese atravesar sus filas.

Steve vaciló un momento. La nucleomultitud, más peligrosa que los famosos búfalos de la antigüedad, le miraba furiosa, las aletas de las narices dilatadas, los pesados pies arañando la tierra amenazadoramente.

Sin concederse ni un instante para pensar, Baxter se lanzó en medio de ellos. Sintió golpes en la espalda y en los hombros y oyó el *urr* de la endomultitud enloquecida. Cuerpos informes se lanzaron contra él, asfixiándole, presionando implacables más y más.

Entonces, providencialmente, las autoridades pusieron el Muzak. Esta música antigua y misteriosa, que durante una centuria había pacificado a los vesánicos más incontrolables, no falló. La endomultitud fue decibelada hasta una inmovilidad temporal, y Steve Baxter logró abrirse camino hasta la línea de salida.

El juez principal había comenzado ya a leer el Prospecto. Todos los participantes y la mayoría de los espectadores conocían perfectamente el documento. Sin embargo la ley exigía que se leyese.

—Caballeros —leía el juez— estamos reunidos aquí para participar en una carrera para la adquisición de tierras

del dominio público. Ustedes, cincuenta hombres afortunados, han sido elegidos por sorteo público entre cincuenta millones de inscritos de la región de Westchester Sur. El recorrido será desde este punto a la línea de inscripción del Registro de la Propiedad de Times Square, Nueva York, una distancia media aproximada de nueve kilómetros. Se permitirá a los participantes seguir cualquier ruta; viajar por la superficie, por encima de ella o por debajo. La única exigencia es que se termine la carrera personalmente: no se admiten sustitutos. Los diez primeros...

La multitud se mantenía en absoluto silencio.

—... recibirán un acre de tierra libre con casa e implementos agrícolas. ¡Estos finalistas dispondrán también de transporte gratuito proporcionado por el gobierno hasta su propiedad, para ellos y para su familia inmediata. Y este mencionado acre será suyo, para utilizarlo a su gusto, libre y sin trabas, y perpetuamente inalienable, mientras el sol brille y el agua corra, para él y sus herederos, hasta la tercera generación!

La multitud lanzó un gran suspiro al oír esto. Ninguno de ellos había visto nunca un acre libre, y menos aún había soñado con poseerlo. Un acre de tierra sólo para uno y su familia, un acre que no hubiese que compartir con nadie... En fin, era algo que simplemente superaba las más locas fantasías.

—Téngase en cuenta asimismo —continuó el juez— que el gobierno no acepta responsabilidad alguna por las muertes que puedan producirse durante esta carrera. Tengo la obligación de señalar que la media de mortalidad en las Carreras de este género es de aproximadamente un 68,9 por ciento. Todo participante que lo desee puede retirarse en este momento sin ningún perjuicio.

El juez esperó, y por un instante Steve Baxter consideró la posibilidad de abandonar aquella idea totalmente suicida. No había duda de que tanto él como Adele y los niños y la tía Fio y el tío George podían continuar en su acogedor

apartamento de una habitación del Grupo de Viviendas de Categoría Media Fred Alien de Larchmont. Después de todo, él no era un hombre de acción, no era un valentón musculoso ni un fanfarrón de pelo en pecho. Era un consultor de «deformación de sistemas», muy bueno por cierto. Y también un ectomorfo de suaves maneras, fibrosos músculos y no demasiado fuelle. ¿Por qué, en nombre de Dios, se había lanzado a los peligros de la sombría Nueva York, la más famosa de las Ciudades Selvas?

—Mejor sería que lo dejaras, Steve —dijo una voz, haciéndose eco de sus pensamientos.

Baxter se volvió y vio a Edward Freihoff St. John, su opulento y desagradable vecino de Larchmont. St. John, alto y elegante, de firmes músculos, consecuencia de sus muchos días en los frontones. St. John, con su suave y elegante apostura, cuyos picaros ojos se fijaban con excesiva frecuencia en los rubios encantos de Adele.

—Nunca lo conseguirás, muchacho —dijo St. John.

—Es posible —contestó quedamente Baxter—. Y tú sí, claro.

St. John pestañeó y se pasó el dedo índice por la nariz en un gesto muy suyo. Durante semanas había estado estudiando la información especial que le había vendido un controlador al que había sobornado. Esta información aumentaría notablemente su posibilidades de atravesar Manhattan, la concentración urbana más densa y peligrosa del mundo.

—Stevie, muchacho, hazme caso y déjalo —insistió St. John con áspera voz—. Déjalo, será mejor para ti. Vamos, muchacho...

Baxter movió la cabeza negativamente. No se consideraba valiente; pero prefería morir a aceptar un consejo de St. John. Y en cualquier caso, no podría seguir como antes. De acuerdo con el Suplemento de la Ley Ampliada de Domicilio Familiar, Steve estaba ahora legalmente obligado a admitir a tres primos solteros y a una tía viuda, cuyo aparta-

mento, un sótano de una habitación del polígono industrial de Lago Plácido, había sido derribado para construir el nuevo túnel Albany-Montreal.

Incluso con inyecciones antishock, diez personas en una habitación era demasiado. ¡No tenía más remedio que ganar aquel trozo de tierra!

—Me quedo —afirmó tranquilamente Baxter.

—Allá tú —dijo St. John, y el ceño descompuso su sardónica y torva expresión—. Pero recuerda que te avisé.

—¡Caballeros, a sus puestos! —gritó el juez principal.

Los participantes guardaron silencio. Se situaron en la línea de partida con los ojos entrecerrados, apretados los labios.

—¡Preparados!

Un centenar de musculosas piernas vibraron cuando cincuenta hombres decididos se inclinaron hacia adelante.

—¡Ya!

¡Y empezó la carrera!

Una descarga supersónica paralizó temporalmente a la multitud de alrededor. Los participantes recorrieron sus inmóviles filas y cruzaron a toda marcha entre las largas hileras de automóviles. Luego se desparramaron en abanico, pero siguiendo en general la dirección este, hacia el Hudson y la ciudad que se extendía en la lejana orilla opuesta, medio oculta por su cenicienta capa de hidrocarburos no quemados.

Sólo Steve Baxter no se dirigió hacia el este.

Fue el único de los participantes que se lanzó hacia el norte, hacia el puente de George Washington y Bear Mountain City. Con la boca apretada, avanzaba como un hombre en un sueño.

En la lejana Larchmont, Adele Baxter seguía la carrera por televisión. Involuntariamente, lanzó un grito. Su hijo Tommy, de ocho años, chilló:

—¡Mamá, mamá, va hacia el norte, hacia el puente! Pero este mes está cerrado. ¡Por ese lado no puede pasar!

—No te preocupes, querido —dijo Adele—. Tu padre sabe lo que hace.

Hablaba con una seguridad que no sentía. Y mientras la imagen de su marido se perdía entre la multitud, se dispuso a esperar... y a rezar. ¿Sabía Steve lo que estaba haciendo? ¿O le había hecho enloquecer de pánico la tensión?

2

Las semillas del problema se habían sembrado en el siglo veinte; pero la terrible cosecha se recogía cien años después. Tras incontables milenios de lento incremento, la población del mundo se disparó bruscamente, se duplicó una, varias veces. Controladas las enfermedades y asegurado el suministro de alimentos, el porcentaje de mortalidad continuó descendiendo mientras el de natalidad subía. Atrapadas en una progresión geométrica de pesadilla, las filas de la humanidad se hincharon como cánceres incontrolables.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, los viejos policías, no podían ya mantener el orden. La peste y el hambre habían sido declaradas fuera de la ley y la guerra era un lujo excesivo para aquella era de subsistencia. Sólo la muerte persistía... muy alicaída, ya sólo una sombra de lo que había sido.

La ciencia, con espléndida irracionalidad, continuaba trabajando insensatamente hacia el objetivo de más vida para más gente.

Y la gente seguía creciendo cada vez más, atestando la tierra con su número, envenenando el aire, emponzoñando el agua, devorando sus algas preparadas entre rebanadas de pan de harina de pescado, esperando sombríamente

una catástrofe que diezmase sus inmensas filas, y esperando en vano.

El aumento cuantitativo producía cambios cualitativos en la realidad humana. En tiempos más inocentes, la aventura y el peligro eran patrimonio de los lugares deshabitados: las altas montañas, los áridos desiertos, las selvas sofocantes. Pero en el siglo veintiuno la mayoría de estos lugares estaban utilizándose, en aquella búsqueda acelerada de espacio vital. La aventura y el peligro florecían ahora en las ingobernables y monstruosas ciudades.

En las ciudades podía uno encontrar el equivalente moderno de las tribus salvajes, bestias aterradoras y temibles enfermedades. Una expedición al interior de Nueva York o de Chicago exigía más recursos, más voluntad, más ingenio, que las expediciones victorianas al Everest o a las fuentes del Nilo.

En este mundo olla a presión, la tierra era el más precioso de los bienes. El gobierno la parcelaba cuando era asquible, a través de loterías regionales que culminaban con las Carreras del Acre. Estas pruebas imitaban, en cierto modo, las que se dieron en la década de 1890, cuando se abrieron el Territorio de Oklahoma y la Región Cherokee.

La Carrera se consideraba equitativa e interesante, alegre y deportiva. Millones de personas la seguían, y el efecto tranquilizador de la emoción vicaria sobre las masas era apreciable y estimado. Esto, por sí sólo, justificaba sobradamente las carreras.

Además, el elevado índice de mortalidad que se daba entre los participantes debía considerarse una ventaja suplementaria. No significaba mucho en cifras absolutas, pero un mundo atestado agradecía hasta aquel pequeño alivio.

Habían transcurrido ya tres horas de carrera. Steve Baxter encendió su pequeño transistor y escuchó las últimas noticias. Supo que el primer grupo de participantes había lle-

gado al Túnel Holland y que policías armados les habían hecho retroceder. Otros, más astutos, habían seguido la larga ruta del sur hasta Staten Island y se aproximaban ya a los alrededores del Puente de Verrazzano. Freihoff St. John, enarbolando una placa de concejal, había logrado atravesar las barricadas del Túnel de Lincoln.

Pero había llegado el momento de que Steve Baxter jugase su baza. Ceñudo, lleno de tranquilo coraje, penetró en el tristemente célebre Puerto Libre de Hoboken.

3

Anocheecía cuando llegó a la ribera de Hoboken. Ante él, se alineaban los barcos rápidos de la flota de contrabando de Hoboken, todos con sus brillantes distintivos de Guardacostas. Algunos ya tenían la carga en la bodega: paquetes de cigarrillos de Carolina del Norte, licor de Kentucky, naranjas de Florida, marihuana de California, armas de Tejas. Todas las cajas llevaban el sello oficial: «CONTRABANDO-TASAS PAGADAS». En aquellos tristes años, el gobierno, duramente presionado, se veía en la necesidad de gravar incluso a las empresas ilegales, dándoles así un estatus semilegal.

Eligiendo cuidadosamente el momento, Baxter saltó a bordo de un barco contrabandista cargado de marihuana y se acuclilló entre los aromáticos fardos. Todo estaba dispuesto para una salida inminente; si pudiese ocultarse al menos durante el corto período del cruce del río...

—¡Vaya! ¿Qué demonios tenemos aquí?

Un maquinista borracho surgió inesperadamente y cazó a Baxter desprevenido. Respondiendo a su grito, el resto

de la tripulación se concentró en la cubierta. Eran gentes crueles temidas por sus hábitos criminales. Eran de la misma calaña que los descreídos que habían saqueado Weehawken unos años antes, incendiado Fuerte Lee y asolado y saqueado todo el territorio hasta las puertas de Englewood. Steve Baxter sabía que no podía esperar piedad de ellos.

Sin embargo, dijo con admirable frialdad:

—Caballeros, necesito transporte hasta la otra orilla del Hudson.

El capitán del barco, un colosal mestizo con varias cicatrices en la cara y poderosos músculos, se echó hacia atrás y bramó entre risas:

—¿Quieres pasaje, verdad? —hablaba con tosco acento hobokenés—. ¿Acaso te crees que somos el transbordador de la calle Christopher?

—En absoluto, señor. Pero había supuesto...

—¡Al cementerio con tus suposiciones!

La tripulación rio sonoramente el chiste.

—Estoy dispuesto a pagar el pasaje —dijo Steve con tranquila dignidad.

—¿Pagarlo? —bramó el capitán—. Vaya, nosotros a veces vendemos pasajes... hasta el centro del río y de allí directamente al fondo.

La multitud redobló sus carcajadas.

—Si ha de ser así, sea —dijo Steve Baxter—. Lo único que pido es que me permitáis enviar una postal a mi mujer y a mis hijos.

—¿Mujer e hijos? —exclamó el capitán—. ¡Por qué no lo mencionaste! Yo también tuve hace tiempo, pero los mero-deadores acabaron con ellos.

—Lo siento mucho —dijo Steve con evidente sinceridad.

—Sí, amigo mío —la expresión feroz del capitán se suavizó—. Aún los recuerdo muchas veces, a los chiquitines...

—Debiste de ser muy feliz —dijo Steve.

—Lo fui, lo fui —admitió quejumbroso el capitán.

Un marinero de piernas arqueadas se adelantó.

—Vamos, capitán, acabemos con él antes de que esos malditos polis lleguen aquí.

—¡Quién eres tú para dar órdenes, zambo maldito! — chilló el capitán—. ¡No saldremos hasta que yo lo diga! En cuanto a él... —se volvió a Baxter y dijo—: Te llevaremos, camarada, y sin pagar nada.

Así, por azar del destino, Steve Baxter había conseguido tocar el punto débil de los recuerdos del capitán ganándose su respeto. Los traficantes zarparon, surcando las olas verdegrises del Hudson.

Pero el alivio de Steve Baxter no duró mucho. En medio del río, poco después de entrar en aguas federales, rasgó la oscuridad del anochecer la luz de un poderoso foco y una voz les ordenó detenerse. La mala suerte les había atravesado en la ruta de un destructor de la patrulla del Hudson.

—¡Malditos sean! —bramaba el capitán—. ¡Cobrar impuestos y matar, eso es lo único que saben! ¡Pero les daremos una lección! ¡A las armas, mis valientes!

Rápidamente la tripulación retiró las lonas de las ametralladoras de calibre cincuenta y los Diesel gemelos del barco bramaron desafiantes. En zigzag, el barco contrabandista se lanzó hacia la protección de la costa neoyorquina. Pero el destructor, más rápido, le seguía, y las ametralladoras de nada valían frente a un cañón de diez centímetros. Impactos directos atravesaron los puentes, estallaron en la cabina principal, y barrieron la cubierta del buque.

No había, al parecer, más opción que rendirse o morir. Pero a pesar de todo, el capitán olisqueó el aire.

—¡Aguantemos, amigos! —chilló—. ¡Hay un Wester cerca!

Llovían a su alrededor los proyectiles, pero rodó hacia ellos del oeste un inmenso e impenetrable banco de niebla, cubriéndolo todo con sus oscuros tentáculos. El destro-

zado buque eludió así el combate, y la tripulación, poniéndose filtros respiradores, dio las gracias a la niebla providencial, mientras el capitán comentaba que no hay mal viento que por bien no venga.

Media hora después llegaban al muelle de la calle Setenta y Nueve. El capitán abrazó cordialmente a Steve y le deseó buena suerte. Y Steve Baxter continuó su camino.

Detrás quedaba el ancho Hudson. Delante unas treinta manzanas del centro de la ciudad y menos de una docena de manzanas intermedias. Según el último informe radiofónico iba muy por delante de los otros participantes, por delante incluso de Freihoff St. John, que aún no había salido del laberinto de la zona próxima al Túnel de Lincoln. En conjunto, la carrera parecía ir a las mil maravillas para Baxter.

Pero su optimismo era prematuro. No se conquistaba Nueva York tan fácilmente. Aunque él no lo supiese, aún le quedaba por recorrer la parte más peligrosa de su viaje.

4

Tras dormir unas horas en la parte trasera de un coche abandonado, Steve siguió en dirección sur por la Avenida del West End. Pronto amanecería: una hora mágica en la ciudad, cuando sólo había unos centenares de madrugadores en los cruces. Arriba se veían las altas torres de Manhattan; sobre ellas el bosque de antenas de televisión tejía un fantástico tapiz contra un cielo ocre. Contemplando la escena, Baxter pensó en lo que habría sido Nueva York cien años antes, en los plácidos y líennosos días anteriores a la explosión demográfica.

Pero súbitamente despertó de su ensueño. Un grupo de hombres armados, que parecieron surgir de la nada, le cerraban el paso. Llevaban máscaras. Su aspecto era a la vez siniestro y pintoresco.

Uno de ellos, evidentemente el jefe, se adelantó. Era un viejo calvo de cara arrugada, grueso bigote negro y melancólicos ojos enrojecidos.

—Forastero —dijo—, enseña tu pase.

—Creo que no tengo —dijo Baxter.

—Claro que no —dijo el viejo—. Yo soy Pablo Steinmetz, el que da los pases aquí, y no recuerdo haberte visto nunca.

—Soy forastero —dijo Baxter—. Voy de paso.

Los hombres de sombrero negro sonrieron burlonamente, mirándose entre sí. Pablo Steinmetz se rascó la mejilla sin afeitado y dijo:

—Bueno, hijito, da la casualidad de que pretendes pasar por un camino privado sin permiso del propietario, que casualmente soy yo; y eso significa una invasión ilegal.

—Pero ¿cómo puede tener alguien un camino privado en el centro de la ciudad de Nueva York? —objetó Baxter.

—Es mío porque yo digo que es mío y basta —dijo Pablo Steinmetz, acariciando su Winchester 78—. Así son las cosas, forastero. En fin paga o juega.

Baxter buscó su cartera y descubrió que la había perdido. Evidentemente el capitán del barco contrabandista, al despedirse, cediendo a sus bajos instintos, se la había quitado.

—No tengo dinero —dijo Baxter; se le escapó una risilla nerviosa—. Lo mejor será que dé la vuelta.

Steinmetz meneó la cabeza.

—Dar la vuelta sería lo mismo que seguir adelante. Hay que pagar por ambas cosas. Es lo mismo: o pagas o juegas.

—Entonces creo que tendré que jugar —dijo Baxter—. ¿Qué hay que hacer?

—Tú corres —dijo el viejo Pablo— y nosotros vamos disparando por turnos, apuntando sólo a la parte superior de tu cabeza. El primero que te acierte se gana un pavo.

—¡Eso es una infamia! —gritó Baxter.

—Es un poco duro para ti —admitió con voz suave Steinmetz—. Pero así anda el mundo. La ley es ley, hasta en una anarquía. Así que si tienes valor suficiente para correr y ganar la libertad...

Los bandidos sonreían, se daban codazos, apoyaban la mano en las pistolas, se echaban hacia atrás los negros sombreros de alas anchas. Baxter se preparó para aquella carrera mortal...

Y en aquel momento se oyó una voz:

—¡Alto!

Era una mujer. Baxter se volvió y vio que una chica alta y pelirroja se abría paso entre los bandidos. Vestía pantalones de torero, zuecos de plástico y blusa hawaiana. Estas prendas exóticas realzaban su exuberante belleza. Llevaba un papel en el pelo, y un collar de perlas cultivadas en su grácil cuello. Baxter jamás había visto belleza tan deslumbradora.

Pablo Steinmetz frunció el ceño y se retorció el bigote.

—¡Llama! —bramó—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—He venido a parar tu juegucito, padre —dijo fríamente la chica—. Quiero que me dejes hablar con este tipo.

—Esto es asunto de hombres —dijo Steinmetz—. ¡Ven-ga, forastero, a correr!

—¡No muevas un músculo, forastero! —gritó Llama, y una mortífera Derringer apareció en su mano.

Padre e hija se miraron fijamente. El viejo Pablo fue el primero en ceder.

—Maldita sea. Llama, no puedes hacer esto —dijo—. La ley es la ley; hasta para ti. Este transeúnte ilegal no puede pagar, así que tiene que jugar.